

TENDENCIAS  
Revista de la Facultad de Ciencias  
Económicas y Administrativas.  
Universidad de Nariño  
Vol. VII. No.2  
Segundo semestre 2006, páginas

**APUNTES PARA EL ESTUDIO DE LA HISTORIA DEL  
PENSAMIENTO ECONÓMICO LATINOAMERICANO  
DEL SIGLO XX**

**Por Julián Sabogal Tamayo<sup>1</sup>**

**RESUMEN**

El presente artículo es una propuesta para el estudio de la historia del Pensamiento Económico Latinoamericano del siglo XX. Supone tres niveles de investigación: la prehistoria, los pioneros y los pensadores de la segunda mitad del siglo XX. Estos, a su vez, se dividirían en tres corrientes: la cepalina, la marxista-ortodoxa y la Teoría de la dependencia. Con esa investigación se llegaría a la producción de un texto analítico y pedagógico, que pueda ponerse a disposición de las juventudes estudiosas de los países de América Latina.

**PALABRAS CLAVE:** Pensamiento económico latinoamericano, pensamiento cepalino, marxismo ortodoxo, Teoría de la Dependencia.

**Clasificación JEL<sup>2</sup>:** B10

---

<sup>1</sup> Economista. Doctor Honoris Causa. Magíster en Economía y en Administración de Empresas. Profesor Titular de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Nariño. Correo: jst-ct@computronix.com.co

<sup>2</sup> Journal of Economic Literature Classification System  
[http://www.aeaweb.org/journal/jel\\_class\\_system.html](http://www.aeaweb.org/journal/jel_class_system.html)

## **ABSTRACT**

This article is a proposal to study the Latin-American economic thought history during XXth. century. It is conformed by three levels of research: 1) prehistory; 2) pioneers; and 3) thinkers of the second half of XXth. century. The third level would be composed of three tendencies: ECLAC thought, Orthodox Marxism and Dependence theory. The final goal of the research would be the production of an analytical and pedagogic framework for young students of Latin American countries.

**KEY WORDS:** Latin American economic thought, ECLAC thought, orthodox Marxism, Dependence theory.

**JEL:** B10

Una de las tareas que mantienen su vigencia para los latinoamericanos es la construcción de alternativas de desarrollo independientes, que respondan a nuestras condiciones particulares: historia, cultura, realidad socioeconómica, etc. A su vez, la construcción de nuevas alternativas de desarrollo implica la elaboración teórica propia; no es posible encontrar alternativas al *statu quo* con la teoría tradicional. Y un componente esencial de la teoría propia está en el pensamiento latinoamericano. Como lo he afirmado en otra oportunidad:

“Un buen punto de partida, en la construcción de pensamiento propio, es una relectura de los pensadores latinoamericanos, para buscar en ellos lo que hay de original, de universal y las guías que en ellos se encuentren para la construcción de modelos alternativos. Esta desde luego no es una tarea fácil, porque el pensamiento latinoamericano ha sido desterrado de los programas de ciencias sociales del país. Estos se limitan a la repetición acrítica de autores europeos o norteamericanos, lo cual se ve acentuado en las décadas recientes de dominio del pensamiento único neoliberal” (Sabogal, 2006: 42).

Estos son los puntos de partida para pensar en el estudio de la historia del Pensamiento Económico Latinoamericano. Además, en este momento, el dominio del pensamiento único no es tan absoluto, como lo fue en las

últimas décadas del siglo XX, sin querer decir que ya no tenga presencia, por lo cual se presenta la oportunidad de hacer renacer la preocupación por el pensamiento propio. Es en este contexto que me propongo aportar algunas ideas iniciales que contribuyan al estudio del pensamiento económico latinoamericano del siglo XX.

Para ello es necesario recuperar el espíritu creativo que tuvo lugar en América Latina a comienzos de la segunda mitad del pasado siglo. Aquel fue un gran deseo de construir nuevas alternativas y de pensar con cabeza propia. Un buen ejemplo de ello es el Encuentro de Facultades de Economía, que tuvo lugar en México en 1965, en cuya declaración final se expresa la voluntad de construir un pensamiento de América Latina, con las siguientes palabras:

“Somos los economistas de América Latina los que tenemos la obligación de formular un cuerpo de conocimientos que sea el resultado de la observación, experiencia y estudio de nuestra realidad... Los principales obstáculos que frenan y deforman el desarrollo económico y social de América Latina son de carácter estructural y están ligados a problemas internos y a la dependencia con respecto a los países dominantes... Por eso consideramos imprescindible formular una teoría económica de América Latina, que, sin ignorar los aportes constructivos de otras regiones del mundo, surja esencialmente de la observación y análisis de nuestros problemas, y recoja los lineamientos de los objetivos por lograr.”

Uno de los grandes economistas latinoamericanos que estuvo en ese encuentro, André Gunder Frank, recuerda como él se preocupó por

“organizar la firma de prominentes economistas latinoamericanos progresistas de un documento sobre La Necesidad de una Nueva Docencia e Investigación de la Ciencia Económica en América Latina basada en su dependencia (reimpreso como Frank, 1969, Cap. 4). Redacté este documento con mi colega y todavía amigo Arturo Bonilla y el colombiano José Consuegra, quien lo publicó luego —así como docenas de mis artículos— en su revista *Desarrollo Indoamericano*.”(Frank, 1991: 44).

Al lado del pensamiento independiente, siempre ha estado, y debe seguir estando, la preocupación por la enseñanza de la ciencia económica; al respecto se dice en el citado informe:

“Es necesario prestar mayor atención en las Facultades y Escuelas de Economía al estudio de la estructura económica latinoamericana.

Los planes de estudios deben contribuir a la mejor comprensión de los problemas fundamentales de cada país, sin perjuicio de incluir disciplinas de diversa naturaleza, necesarias para la adecuada formación profesional del economista.”

Las preguntas fundamentales que se formularon hace cincuenta años: ¿Por qué somos subdesarrollados?, o ¿por qué somos dependientes? y ¿cómo salimos de tal situación?, continúan vigentes hoy. Como mantiene su vigencia la idea de aquella época de construir alternativas de futuro con base en el pensamiento propio.

Estas son las circunstancias que me mueven a poner en consideración de mis amables lectores una propuesta para el estudio de la Historia del Pensamiento Económico Latinoamericano. Esta propuesta no pasa de ser una sugerencia, que debe enriquecerse con los aportes de los interesados en el tema, para lo cual nos gustaría que la revista *Proyecciones* pudiera servir de vehículo. Parte del contenido de este artículo se encuentra en el tercer capítulo de mi libro *José Consuegra Higgins. Abanderado del pensamiento propio*, próximo a aparecer.

Una etapa previa al estudio de la historia del Pensamiento Económico Latinoamericano debe ser el conocimiento de su prehistoria, que se encuentra en los primeros esfuerzos teóricos hechos en el nuevo mundo, en el siglo XVI. Esto con el fin de comprender los intentos de creación original de pensamiento que ha existido desde siempre entre nosotros. Para esto son aconsejables los trabajos brillantes del maestro Oreste Popescu, en sus *Estudios en la Historia del Pensamiento Económico Latinoamericano*. A decir de este autor, en aquella época podemos encontrar aportes tan significativos como las formulaciones de la teoría cuantitativa del dinero y

del precio. Al respecto, Popescu considera que los escolásticos hispanoamericanos:

“han realizado un esfuerzo pionero para la edificación de una teoría de los precios en una época en que ni siquiera Europa estaba preparada para aprovechar fructíferamente semejante caudal de conocimientos” (Popescu, 1986: 99).

En carta del 1 de febrero de 1562, de la Audiencia de Oidores de Charcas, se encuentra referencia a la disparidad de precios, en los siguientes términos:

“En Potosí valen las cosas cuatro veces más que en Lima ordinariamente... a do ay más dineros, valen siempre las cosas más caras como todo constará a Vuestra Majestad por la información que va juntamente con esta a pedimiento de algunos oficiales desta audiencia” (Popescu, 1986: 183).

A esa misma audiencia pertenecía un americano, nacido en Valladolid en 1520, Juan de Matienzo, quien desarrolla esta teoría con gran precisión en un escrito que seguramente data de 1561. En todo caso, es un escrito anterior al de Juan Bodino (nacido en Francia en 1530), que es considerado en los textos de Historia del Pensamiento Económico como el padre de la teoría cuantitativa, cuyos escritos al respecto datan de 1569, es decir, al menos ocho años después que Matienzo.

Conocida esa prehistoria en materia de pensamiento económico, propongo pasar al siglo XX, tiempo en el cual se encuentra la mayor riqueza en esa materia. En este siglo tomaríamos como punto de partida el estudio de pioneros como José Carlos Mariátegui de Perú, Josué de Castro de Brasil y Antonio García Nossa de Colombia. No significa que estos sean los únicos pioneros, sino que ellos expresan de la mejor manera, desde mi punto de vista, lo que nos interesa, que es la búsqueda de pensamiento propio. De Castro, si bien continuó produciendo en la segunda mitad del siglo XX, tiene una producción sustancial antes de que hiciera presencia la preocupación por la teoría del desarrollo, como lo veremos más abajo. De la misma manera, García produjo intelectualmente hasta su muerte en 1982, pero en la década de los años cuarenta publicó la que se puede considerar su obra fundamental, *Bases de Economía Contemporánea*. Mariátegui es sin

duda el maestro de quienes pretendan hacer una lectura contextualizada de los pensadores europeos, como él lo hizo con Carlos Marx.

En estos pioneros se encuentran dos mensajes fundamentales. De una parte, la invitación a superar las limitaciones del pensamiento eurocéntrico, enriqueciéndolo con pensamiento propio y, de otra, la afirmación de que la conquista y la colonia, más que contribuir al mejoramiento de las condiciones de vida de los habitantes de esta parte del mundo, no hicieron sino empeorarlas. Veamos lo que al respecto nos dice Mariátegui en su obra clásica *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*:

“En el terreno de la economía se percibe mejor que en ningún otro hasta qué punto la Conquista escinde la historia del Perú. La Conquista aparece en este terreno, más netamente que en cualquier otro, como una solución de continuidad. Hasta la Conquista se desarrolló en el Perú una economía que brotaba espontánea y libremente del suelo y la gente peruanos. En el Imperio de los incas, agrupación de comunas agrícolas y sedentarias, lo más interesante era la economía. Todos los testimonios históricos coinciden en la aserción de que el pueblo incaico —laborioso, disciplinado, panteísta y sencillo— vivía con bienestar material. Las subsistencias abundaban: la población crecía, el Imperio ignoró radicalmente el problema de Malthus. La organización colectivista, regida por los incas, había enervado en los indios el impulso individual; pero había desarrollado extraordinariamente en ellos, en provecho de este régimen económico, el hábito de una humilde y religiosa obediencia a su deber social. Los incas sacaban toda la utilidad social posible de esta virtud de su pueblo, valorizaban el vasto territorio del Imperio construyendo caminos, canales, etcétera, lo extendían sometiendo a su autoridad tribus vecinas. El trabajo colectivo, el esfuerzo común, se empleaban fructuosamente en fines sociales.

Los conquistadores españoles destruyeron, sin poder naturalmente reemplazarla, esta formidable máquina de producción. La sociedad indígena, la economía incaica, se descompusieron y anonadaron completamente al golpe de la

Conquista. Rotos los vínculos de su unidad, la nación se disolvió en comunidades dispersas” (Mariátegui, 1979: 15).

Josué de Castro, por su parte, en su conocida obra *Geografía del hambre*, nos explica las razones para que un problema tan extendido en los países subdesarrollados, como lo es el hambre, no haya sido estudiado suficientemente. Estas razones son básicamente dos: en primer lugar, la concepción filosófica que orienta el pensamiento europeo y, en segundo, el interés económico del imperialismo, a través del comercio internacional. Al hablar de la escasez de estudios sobre el problema del hambre, nos dice:

“El fenómeno es tan determinante y se presenta con tal regularidad que, lejos de reflejar una obra del azar, más parece condicionado a las mismas leyes generales que regulan las demás manifestaciones sociales de nuestra cultura. Se trata de un silencio premeditado por la propia esencia de la cultura: fueron los intereses y los prejuicios de orden moral, político y económico de nuestra llamada civilización occidental los que tornaron el hambre un tema prohibido o, por lo menos, poco aconsejable de ser abordado públicamente. El fundamento moral que dio origen a esta especie de interdicción se basa en que el fenómeno del hambre, tanto el hambre de alimentos como el hambre sexual, es un instinto primitivo y por ende un tanto repulsivo para una cultura racionalista como la nuestra, que procura por todos los medios imponer el predominio de la razón sobre los instintos en la conducta humana. Considerando el instinto como lo animal y sólo la razón como lo social, nuestra civilización, en su fase decadente, viene procurando negar sistemáticamente el poder creador de los instintos, considerados como fuerzas despreciables” (De Castro, 1961: 16).

Y en relación con los intereses económicos agrega:

“Junto a los prejuicios morales, los intereses económicos de las minorías dominantes también trabajaban para escamotear el fenómeno del hambre del panorama espiritual moderno. Es que al imperialismo económico y al comercio internacional al servicio del mismo, interesaba que la producción, la distribución y el consumo de los productos alimenticios continuasen siendo

considerados indefinidamente como fenómenos exclusivamente económicos —dirigidos y estimulados dentro de sus intereses económicos— y no como hechos íntimamente ligados a los intereses de la salud pública. Y la triste verdad es que la mayoría de las veces esos intereses eran antagónicos. Véase el caso de la India, por ejemplo. Según nos cuenta Réclus, en los últimos treinta años del siglo pasado murieron de inanición en aquel país más de veinte millones de habitantes; sólo en el año 1877 perecieron de hambre cerca de cuatro millones. Y no obstante, de acuerdo con la sugestiva observación de Richard Temple, “mientras tantos infelices morían de hambre, el puerto de Calcuta continuaba exportando al extranjero cantidades considerables de cereales. Los hambrientos eran demasiado pobres para comprar el trigo que les salvaría la vida” (De Castro, 1961: 17).

Antonio García Nossa es más específico, en relación a la necesidad del pensamiento particular latinoamericano.

“Uno de los más difundidos y peligrosos mitos de las Ciencias Sociales consiste en la creencia de que la teoría científico-social es absolutamente universal y de que su validez desborda el marco de los espacios culturales y de los procesos históricos” (García, 1972: 1).

Conocidos los pioneros se podría pasar al estudio de la pléyade de pensadores latinoamericanos de las décadas de los años cincuenta, sesenta y setenta del siglo XX. Entre estos últimos propongo centrarse en tres tendencias especialmente significativas: primera, el pensamiento cepalino o pensamiento de Raúl Prebisch; segunda, lo que suele calificarse como el marxismo ortodoxo o marxistas militantes y, tercera, la Teoría de la Dependencia.

Después de la Segunda Guerra Mundial, y hasta la década de los años setenta, hay una verdadera explosión de pensamiento en América Latina que debe ser rescatado, en bien de las posibilidades de construcción de propuestas alternativas hacia el futuro. No olvidemos que es a partir de la segunda guerra que la pregunta por el desarrollo se pone sobre la mesa. Entre las razones posibles del surgimiento de tal preocupación se encuentra



el ejemplo que el campo socialista, particularmente la URSS, representaba para los países atrasados. Con la revolución bolchevique en Rusia, la alternativa del socialismo dejó de tener significado solo para los países más industrializados y pasó a ser una alternativa inmediata para los países aún no industrializados. Fueron varias las demostraciones de la URSS que causaron preocupación en los países desarrollados, particularmente en Estados Unidos. Entre estas demostraciones se cuenta el extraordinario crecimiento industrial de la economía rusa en la década de los años treinta y el comportamiento de ese país durante la guerra, hasta el punto de darle la primera derrota significativa al ejército alemán en Stalingrado. Al mismo tiempo, estaba la presencia de la Internacional Comunista, creando partidos comunistas en los países de América Latina. Es decir, Estados Unidos debía considerar que la URSS constituía un peligro para su hegemonía en la región. El teórico norteamericano Paul Baran nos dice al respecto lo siguiente:

“Lo que ha transformado la consternación en un estado de casi pánico es la confluencia histórica de la agitación de los países subdesarrollados con el avance espectacular y la expansión del campo socialista del mundo. La actuación militar de la Unión Soviética durante la guerra y la rápida recuperación de su devastada economía, dio la prueba decisiva de la fuerza y viabilidad de una sociedad socialista...”

Como resultado de estos sucesos, la cuestión del progreso económico y social no sólo vuelve al centro del escenario histórico sino que, como hace dos o tres siglos, se relaciona con la esencia misma de la lucha cada vez más extensa y aguda entre dos órdenes sociales antagónicos. Lo que ha cambiado no es quizá tanto la trama y la naturaleza de este drama cuanto sus personajes principales. Si en los siglos XVII y XVIII la lucha por el progreso equivalía a la lucha contra las instituciones caducas de la era feudal, en forma similar los esfuerzos actuales tendientes a crear las condiciones indispensables para el desarrollo económico, tanto en los países capitalistas avanzados como en los atrasados, entran continuamente en conflicto con el orden económico y político...” (Barán, 1971: 26-27).

Esas circunstancias ponen al orden del día el problema del desarrollo. En ese momento los teóricos de la economía descubren que todos los países del mundo no se encuentran al mismo nivel y las diferencias significan algo para la teoría. Como nos dice el economista chileno Oswaldo Sunkel:

“Difícilmente algún libro publicado antes de 1950 contenía la palabra desarrollo en su título, las universidades no ofrecían cursos sobre la materia y no existían institutos especiales de desarrollo ni expertos en este campo. La asistencia técnica tal como la conocemos ahora, sólo se convirtió en una operación sustancial con el programa del punto IV del presidente Truman y con el programa de asistencia técnica de la ONU” (Citado por Mallorquín, 1998: 26).

En el Diccionario de la real Academia de la Lengua de 1919 se define desarrollo como: *desenrollar lo que está arrollado, deshacer un rollo*; en el idioma portugués, por ejemplo, desarrollado se dice desarrollado y subdesarrollado, subdesarrollado. Solo en 1949 aparece por primera vez el concepto de *subdesarrollo*, en los informes de la Oficina Económica de las Naciones Unidas. Los economistas buscaron las fuentes teóricas para la construcción de la teoría del desarrollo en los pensadores clásicos y en Carlos Marx, porque en la Escuela Neoclásica no se encontraban. Refiriéndose a esta última escuela, afirmaba el economista norteamericano Paul Baran lo siguiente:

“...los economistas neoclásicos,...se preocuparon mucho menos de los problemas de viajar y mucho más de cómo explorar y amueblar mejor la casa en que nacieron” (Barán, 1971: 19).

Es decir, ellos se preocuparon solamente por el funcionamiento formal interno del modelo, pero no les interesó ni el contexto ni los cambios históricos.

Por esa misma época la ONU, para responder a las exigencias del desarrollo, empieza a crear las comisiones económicas regionales; en el caso de América Latina se crea la CEPAL, a cuya secretaria general llegó muy pronto el economista argentino Raúl Prebisch, creador de una de las escuelas de pensamiento latinoamericano.

La comisión es crea en 1948, por iniciativa del gobierno chileno, a través de su embajador Hernán Santa Cruz, contra la voluntad de los Estados Unidos, que preferían ventilar todos los problemas latinoamericanos en el seno de la OEA. El primer secretario de la Comisión fue Gustavo Martínez Cabañas. Prebisch recibió el encargo de escribir la introducción al Informe de la Comisión a la Asamblea de la Habana en 1949; él escribió un documento titulado *El Desarrollo latinoamericano y sus principales problemas*, que finalmente fue publicado a nombre personal, porque no fue aceptado por la organización. Este documento se conoció más tarde como *El Manifiesto Latinoamericano*. Según dice otro de los pensadores del grupo de la CEPAL, el brasileño Celso Furtado, él de inmediato comprendió que ese documento significaría un giro en la historia económica de América Latina.

Después de la Conferencia de La Habana le encomendaron a Prebisch la creación de un Centro de Investigaciones, bajo su dirección. En el primer equipo de cuatro personas estaba Furtado, quien haría más tarde grandes aportes al pensamiento económico latinoamericano (también J. Loyola, J. A. Mayobre y J. Ahumada). La primera tarea del Centro era elaborar un informe, país por país, de los últimos 25 años de América Latina. Esta se constituyó en la primera oportunidad en que se tuvo una verdadera información macroeconómica de América Latina.

En 1950, Prebisch presentó el informe central en la Conferencia de Montevideo. Dice Furtado que mientras preparaban este informe les quedó claro, por primera vez, que el subdesarrollo no es una etapa en el desarrollo, sino algo cualitativamente diferente. En esta conferencia, el jefe de la delegación francesa, Pierre Mendés-France, se declaró admirado de que en estos países existiera tanta *originalidad de pensamiento*. Al mismo tiempo, la ortodoxia, muy preocupada con los vientos innovadores, organizó en la Universidad de Sao Paulo una serie de conferencias a favor del librecambio, entre ellas la del profesor Jacob Viner, quien declaró solemnemente, contra Prebisch, que el concepto de subdesarrollo no existía porque él no lo había encontrado en ningún libro.

En 1950, Prebisch fue nombrado Secretario Ejecutivo de la Comisión. La primera arremetida de los Estados Unidos que el nuevo secretario debió enfrentar tuvo lugar en la conferencia de México en 1951. La CEPAL había sido creada para un periodo de tres años, los que se cumplían en la conferencia de México; allí el país del norte hizo lo posible por eliminarla,

con la propuesta de convertirla en un organismo de la OEA. Prebisch dijo esa vez, a favor de la Comisión: “es la primera vez que surge un pensamiento, una conciencia latinoamericana para interpretar sus propios fenómenos y obrar conscientemente sobre la realidad”. Los abanderados de la defensa de la Comisión fueron Chile y Brasil, y luego ganaron el apoyo de Argentina y otras delegaciones. En esta conferencia se presentó el informe que luego se llamó *Problemas teóricos y prácticos del crecimiento económico*, donde se encuentra, según Furtado, lo que se dio en llamar luego *la teoría de la CEPAL*.

Es decir, simultáneamente con la elaboración de la teoría del desarrollo en los países centrales, por teóricos como Albert Hirschman o Arthur Lewis, la misma teoría inicia su construcción en América Latina, de la mano de Raúl Prebisch y su equipo en la CEPAL.

Raúl Prebisch se ha referido a lo que pensaba en aquellos años, en varias oportunidades. Veamos las siguientes ideas, manifestadas años después en una entrevista, solo a manera de ejemplo.

“...dada la baja elasticidad precio de nuestras exportaciones, llega cierto momento en que el empeño por aumentar las exportaciones rinde menos divisas. ¿Qué papel desempeña la industrialización y la protección? Una protección razonable proporciona un incentivo para establecer industrias y para distraer recursos de la agricultura hacia la producción industrial. No para desplazarla, sino para dividir los incrementos en los factores de producción: una parte para seguir aumentando la agricultura y la otra para industrialización. Esta fue una de las razones que esgrimimos a favor de la programación: tratar de mantener un equilibrio dinámico entre ambas actividades” (Pollock, 2005: 157).

Y agrega:

“Fue una evolución gradual. Tuvimos que industrializar en la Argentina sin construir una teoría, porque necesitábamos proporcionar más bienes a la población. Pero no podíamos pagar todos los bienes importados, por el decaimiento de nuestras exportaciones y el deterioro de nuestra relación de precios del

intercambio. Ese es un hecho sencillo. Sin ninguna teoría, toda América Latina hizo lo mismo. De México para abajo. Entonces, en mis días de tranquila meditación, después que dejé el Banco Central, empecé a lucubrar teorías. Apareció el concepto de centro y periferia y también el de la industrialización” (Pollock, 2005: 156).

La teoría cepalina ha sido, de las tres corrientes mencionadas, la más estudiada. Primero por sus propios protagonistas. Tenemos los libros de Raúl Prebisch, como *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*, escrito en los últimos años de su vida y publicado cinco años antes de morir; es una excelente síntesis de su pensamiento. En el mismo sentido están las múltiples entrevistas suyas que han sido publicadas. Furtado ha escrito sobre aquella época y el pensamiento cepalino, obras como *La Fantasía Organizada*. Otros analistas también se han ocupado de estudiar los aportes de Prebisch y la CEPAL en su primera época. Veamos algunos ejemplos. *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, de Octavio Rodríguez; *El pensamiento económico latinoamericano*, de Isidro Parra Peña; *Raúl Prebisch*, de Raúl Edgardo Caro; *Ideas e historia en torno al pensamiento económico latinoamericano*, de Carlos Mallorquín.

La otra corriente que propongo para su estudio es lo que podríamos llamar el marxismo ortodoxo. Se refiere al pensamiento que se ha desarrollado al interior de las organizaciones políticas seguidoras de tendencias revolucionarias internacionales, como los partidos comunistas, las organizaciones maoístas y las trotskistas. Estas corrientes de pensamiento, además de los fenómenos internacionales que tuvieron lugar en la década de los años cuarenta, como fueron anotadas más arriba, recibieron luego la influencia de la revolución cubana.

Una particularidad muy significativa de estas tendencias tiene que ver con su afiliación a corrientes internacionales. Los partidos comunistas nacieron en los años treinta bajo la influencia directa de la Tercera Internacional, para entonces bajo el liderazgo del Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética, José Stalin. Por su parte, León Trotski, quien había sido un importante dirigente del Partido Bolchevique al momento de la toma del poder en Rusia y en los primeros años de la Revolución, rompió con Stalin y vino a pasar los últimos años de su vida en México, desde donde animó al proletariado latinoamericano a embarcarse en un proceso de revolución

permanente. A su vez, las diferencias ideológicas entre la revolución china y la rusa, originaron una corriente nueva en América Latina, cuyos integrantes principales salieron de los partidos comunistas, y constituyeron una tendencia que se llamó el Marxismo Leninismo Pensamiento Mao Tsedong (Mao Tsetung, como se pronunciaba entonces).

Una de las debilidades fundamentales de esta corriente de pensamiento está en que, por ser seguidora de corrientes mundiales, hicieron muy pocos aportes propios para América Latina. En el caso de los partidos comunistas, limitaron su formación teórica, al menos para el grueso de su militancia, a los manuales de divulgación marxista leninista producidos en la URSS, lo mismo que los maoístas hicieron con los textos de divulgación producidos en China. Sin embargo, se pueden nombrar algunos de sus principales representantes, refiriéndonos a las tres tendencias, cuyos trabajos deben ser estudiados en los marcos de una historia del Pensamiento Económico Latinoamericano. Tenemos, entre los principales, a los colombianos Diego Montaña Cuellar, Nicolás Buenaventura, Julio Silva Colmenares y Salomón Kalmanovitz; los brasileños Nelson Werneck Sodré y Sergio Bagú; el cubano Carlos Rafael Rodríguez; los argentinos Rodolfo Mondolfo, J. Posadas y Nahuel Moreno; los chilenos Volodia Teitelboim, Clodomiro Almeida y Oscar Weiss; el boliviano Guillermo Lora; el mexicano José Revueltas; los uruguayos Rodney Arismendy y Francisco Pintos.

Finalmente, la Teoría de la Dependencia está constituida por un grupo muy amplio de pensadores latinoamericanos, críticos de la situación social y económica existente, opuestos a la influencia directa de los Estados Unidos en la región, que no se matriculaban en ninguna de las corrientes revolucionarias internacionales. Estos pensadores no constituyen una escuela en sentido estricto, pero todos tienen, de una u otra manera, influencia del pensamiento de Carlos Marx. Otra característica común a este grupo es el esfuerzo por la originalidad, tanto en su interpretación de la realidad latinoamericana como en sus propuestas de desarrollo. El núcleo central de este grupo de pensadores se constituye en Santiago de Chile a mediados de la década de los años sesenta. Son dos las circunstancias que confluyen en este lugar. De una parte, en esa ciudad estaba la sede de la CEPAL, alrededor de la cual se agrupaban muchos pensadores latinoamericanos, y, de otra, después del golpe de Estado en Brasil varios intelectuales de este país fueron exiliados en Chile. Podría decirse que la CEPAL y el Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de

Chile, CESO, son el semillero del nuevo pensamiento. Uno de los principales creadores de esta corriente de pensamiento, Theotonio Dos Santos, lo recuerda de esta manera.

“En aquel periodo, que podríamos situar entre 1964 y 1974, el pensamiento de la región cobró una dimensión planetaria, pasando a influenciar la evolución de las ciencias sociales a un nivel universal. Éste muestra cómo el pensamiento de la CEPAL, donde brillaba en primer plano el economista argentino Raúl Prebisch, representó una etapa extremadamente avanzada de la reflexión en la región sobre su evolución histórica, experiencia política y posición en la evolución del sistema económico y político mundial.

A decir verdad, este profundo esfuerzo intelectual de carácter crítico, realizado a partir del encuentro de varios exiliados en Chile, entre 1964 y 1973, sólo fue posible a partir de los antecedentes teóricos que la cepal había sintetizado tan bien. Fue a partir de este encuentro que se dio origen a la llamada “teoría de la dependencia”...” (Dos Santos, 2002: 105-106).

Lo común a todos los pensadores latinoamericanos que voy a agrupar en la Teoría de la Dependencia es su esfuerzo intelectual por entender correctamente la historia y la realidad sociopolítica de América Latina y encontrar alternativas de desarrollo para esta parte del mundo. Comúnmente se entiende que los integrantes de la Teoría de la Dependencia son las personas que en aquel momento se encontraban en Santiago, pero otra visión del asunto incluye a todos los pensadores latinoamericanos que por aquella época estaban pensando en alternativas propias de desarrollo. Entre los que podemos considerar como el grupo central de la teoría están Theotonio Dos Santos, André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Vania Bambirra, Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto. Sobre los que no estaban en Chile, nos dice Gunder Frank:

“En cambio, otros latinoamericanos y acaso no latinoamericanos residentes en otros países de Latinoamérica y en otras partes (especialmente en París) pueden haber trabajado en muchas de las mismas ondas del desarrollismo y la dependencia. Sin embargo, su obra no ha tenido la misma difusión fuera de su

país en Latinoamérica, y menos aún en el Norte...” (Frank, 1991: 6).

“Por ejemplo, en Venezuela mis amigos Héctor Silva Michelena y Armando Córdova, en conjunto y por separado, y sus grandes maestros Salvador de la Plaza y Domingo Maza Zavala también escribieron libros más o menos “dependentistas” a partir de la segunda mitad de los años sesenta. Igual lo hicieron, en conjunto e individualmente, mis amigos mexicanos Alonso Aguilar y Fernando Carmona. Los amigos Edelberto Torres Rivas de Guatemala\*; Julio Cotler en Perú; José Consuegra, Salomón Kalmanovitz y otros en Colombia; Gerard Pierre-Charles de Haití, y tantos otros igualmente hicieron sus aportes, cada uno a su manera” (Frank, 1991: 7).

Yo agregaría otros pensadores a la misma lista, como los colombianos Isidro Parra Peña, Orlando Fals Borda, Jorge Child, Gerardo Molina y Raúl Alameda Ospina; los ecuatorianos Agustín Cueva y René Báez; los mexicanos Pablo González Casanova y Rodolfo Stavenhagen; el venezolano Gastón Parra; el salvadoreño Salvador Osvando Brand.

Los planteamientos de la Teoría de la Dependencia son resumidos por Magnus Blomström y Björn Hettne en su libro *La teoría del desarrollo en transición*, de la manera siguiente:

- a) El subdesarrollo está conectado de manera estrecha con la expansión de los países industrializados;
- b) el desarrollo y subdesarrollo son aspectos diferentes de un mismo proceso universal;
- c) el subdesarrollo no puede ser considerado como primera condición para un proceso evolucionista;
- d) la dependencia no es sólo un fenómeno externo, sino que se manifiesta también bajo diferentes formas en la estructura interna (social, ideológica y política)” (Citado por Dos Santos, 2002: 25).

---

\* Torres Rivas realmente es de Nicaragua (nota de J. S. T.).



La nueva teoría debió emprender una relectura de la historia y de la realidad latinoamericanas. Especialmente fue rebatida la idea de que en América Latina existían relaciones feudales y que, por lo tanto, la tarea a emprender era la de una revolución democrático burguesa. En este tipo de revolución, el capital extranjero podía jugar un papel positivo. Gunder Frank, caracterizado por su pensamiento radical, emprendió una lucha frontal contra este tipo de concepciones. Dos Santos lo recuerda de esta manera.

“Frank ofreció un modelo de interpretación de estas relaciones internacionales que buscaba articular los diferentes niveles de colonización interna y de extracción de excedentes por el exterior desde las regiones más distantes, pasando por las centralizaciones locales, regionales y nacionales, para terminar en las manos del capital internacional. Denunciaba la existencia de un proceso brutal de extracción de excedentes de la región, que imposibilitaba su desarrollo económico. Al contrario de lo que entonces se consideraba, el capital internacional producía un proceso de expropiación de sus riquezas en vez de proveer capitales y colaborar con el desarrollo económico de la región” (Dos Santos, 2002: 14).

El problema económico central, o al menos uno de los centrales, es el flujo de excedentes desde los países subdesarrollados con dirección a los desarrollados. El capital extranjero, por lo tanto, no prestaba ayuda alguna sino que, por el contrario, los países de América Latina se convertían en exportadores netos de capital.

La Teoría de la Dependencia alcanzó resonancia internacional, al menos en los países subdesarrollados del mundo. A inicios de la década de los años setenta se llevaron a cabo algunos eventos mundiales, que consolidaron la internacionalización de la teoría. Entre dichos eventos tiene gran significación el encuentro de pensadores latinoamericanos y africanos, organizado por el pensador egipcio Samir Amín en Dakar en 1970 y la constitución de la Asociación de Economistas del Tercer Mundo. A partir de aquellos hechos lo que se puede observar es, de una parte, el acercamiento de algunos de los integrantes del grupo inicial de la CEPAL a los planteamientos de la Teoría de la Dependencia y, de otro, la coincidencia entre algunos pioneros de la Teoría de la Dependencia con pensadores como Amín y Wallerstein en la reflexión sobre el *Sistema-mundo*.

La evolución del pensamiento de Raúl Prebisch se expresa claramente en su obra, antes nombrada, *Capitalismo Periférico. Crisis y transformación*, donde niega abiertamente las posibilidades de la teoría neoclásica, expresa dudas sobre la economía de mercado libre como alternativa válida para la periferia y responsabiliza al flujo de remesas de capital hacia los centros de las dificultades del desarrollo de la periferia.

“No podría negarse que las teorías neoclásicas tienen un gran poder de seducción. Pero, como vengo insistiendo, son teorías que se basan en supuestos alejados de la realidad, y muy particularmente de la realidad del capitalismo periférico. Cuando uno enfrenta los difíciles problemas del desarrollo, lamenta que sea así. Puesto que si el juego libre y espontáneo de las fuerzas económicas, sin trabas ni interferencias, condujera a un equilibrio óptimo, no tendríamos necesidad de afrontar problemas intrincados como los que tenemos por delante. Tal es la seducción de la simplicidad, y también el gran peligro de las fórmulas simples” (Prebisch, 1981: 19).

“El mercado carece en rigor de horizonte social. En un sistema que tuviera ese horizonte, esto es, que resolviera con racionalidad colectiva el problema de acumulación y al mismo tiempo redujera progresivamente las grandes desigualdades distributivas de carácter estructural, el mercado podría llegar a ser un mecanismo eficiente” (Prebisch, 1981: 16).

“...en desmedro de la acumulación, se agrega la succión exagerada de ingresos por parte de los centros, especialmente por obra de las transnacionales, en virtud de su superioridad técnica y económica y el poder hegemónico de aquéllos” (Prebisch, 1981: 41).

Esta última afirmación se parece bastante a las que hiciera Frank en los inicios de la creación de la Teoría de la Dependencia; se trata de la convergencia de Prebisch con la tendencia mundial en la reconceptualización del subdesarrollo y del desarrollo.

Otro de los pensadores importantes de la CEPAL, Celso Furtado, también evolucionó en el mismo sentido. En un libro publicado iniciando el siglo, *El Capitalismo Global*, afirma lo siguiente:

“El desafío al que se hace frente en el umbral del siglo XXI es el de alterar el curso de la civilización, cambiando su eje, en un periodo histórico relativamente corto, de la lógica de los medios, puesta al servicio de la acumulación, a la lógica de los fines, en función del bienestar social, del ejercicio de la libertad y de la cooperación entre los pueblos” (Furtado, 2001: 81).

Este es sin duda un cambio revolucionario en la teoría. Tradicionalmente la teoría económica apunta solo al crecimiento, a los medios; este nuevo planteamiento de Furtado invierte el orden de los factores y pone como el fin último el bienestar de las personas. Esta idea renovadora se puede ver en los últimos libros publicados por Furtado.

Por su parte, los principales teóricos de la Teoría de la Dependencia como André Gunder Frank y Theotonio Dos Santos, al lado de otros teóricos como Samir Amín, se dedicaron a trabajar la teoría del sistema capitalista como un Sistema-Mundo, único e indivisible. Esta visión del problema empieza a ser abordada con rigor científico en el libro de Amín *La Acumulación a Escala Mundial. Crítica de la teoría del subdesarrollo*, publicado por primera vez en 1970. Los principios teóricos generales de la acumulación de capital son formulados, en términos generales, por Carlos Marx en el siglo XIX, teniendo como base el capitalismo clásico, que entonces tenía lugar en Inglaterra, en su obra *El Capital*. Posteriormente, otros pensadores como V. I. Lenin y Rosa Luxemburgo estudian las particularidades del sistema a finales del siglo XIX y principios del siglo XX; Lenin analiza lo que él llamó la fase imperialista del capitalismo, caracterizada por el capitalismo monopolista. Más tarde los marxistas norteamericanos Paul Baran y Paul Sweezy estudian las manifestaciones del sistema, pasada la Segunda Guerra Mundial. Ese estudio llega hasta el planteamiento de un mundo que constituye un sistema total, con sus dos caras de desarrollo y subdesarrollo, centro y periferia, y sus interrelaciones, es decir la acumulación a escala mundial, esa fue una tarea liderada por los pensadores del tercer mundo, que surgieron en la década de los años sesenta. A esto es lo que llamamos la evolución de la Teoría de la Dependencia a la Teoría del Sistema-mundo. Amín sostiene que el sistema mundial es único.

“...salvo algunas “reservas etnográficas” (los indios del Orinoco), todas las sociedades contemporáneas están integradas en el sistema capitalista mundial. Ninguna formación socioeconómica concreta contemporánea puede ser comprendida fuera de dicho sistema.

Ahora bien, esas relaciones entre las formaciones del mundo desarrollado (el centro) y las del mundo “subdesarrollado” (la periferia) se saldan mediante flujos de transferencias de valor que constituyen la esencia del problema de la acumulación en escala mundial” (Amín, 1985: 11).

En síntesis, existe un solo sistema socioeconómico en el mundo, que es el sistema capitalista, aunque a su interior se encuentren pequeños espacios no capitalistas, los que se hallan subsumidos por el sistema general. El sistema en su totalidad tiene dos caras, dos componentes interrelacionados, el centro y la periferia. A diferencia de lo que pensó el maestro Marx, la llegada del capital de los países desarrollados a los atrasados no crea las condiciones para su desarrollo, sino que, por el contrario, las imposibilita. La característica fundamental de las relaciones entre los dos componentes del sistema es el traslado de valor de la periferia hacia el centro. De otra parte, teniendo en cuenta que las relaciones entre el centro y la periferia son comerciales, se crean las relaciones de dependencia. Como dice Amin:

“...tomado globalmente, el Tercer Mundo es mucho más dependiente de sus intercambios con el mundo desarrollado que viceversa. Esto no significa que los países desarrollados puedan “prescindir” de los subdesarrollados, ni tampoco que el sistema soportaría un paro en los intercambios interiores al centro” (Amín, 1985: 29).

No significa que los países del centro no necesiten de los productos de la periferia, sino que su grado de dependencia es menor, tanto por razones cuantitativas como cualitativas. Cuantitativamente, porque las exportaciones de la periferia al centro constituyen un porcentaje mayor de su comercio exterior que lo que significa para los del centro sus exportaciones a la periferia. Los datos de Amín son los siguientes. Los países de la periferia exportan a los países del centro el 80% de su comercio exterior y el otro

20% constituye el comercio entre periféricos, mientras que los países del centro exportan a los de la periferia el 20% de su comercio y el otro 80% es el comercio entre países centrales. En la actualidad, esa situación no se revierte, sino que tiende a empeorar puesto que en las últimas décadas el crecimiento de los países periféricos tiende a basarse más y más en las exportaciones a los países centrales; no otra cosa significan los recientes tratados de libre comercio. Dicho de otra manera, los países del centro tienen fuertes mercados internos y entre ellos donde circula lo fundamental de su producción, mientras que los periféricos tienen débiles mercados internos e interperiféricos y la parte fundamental de su producción está dirigida al mercado de los países centrales. Escuchemos a Amin, al respecto.

“El fenómeno del “subdesarrollo”, no es entonces otra cosa que el resultado de la persistencia de fenómenos que surgen de la acumulación primitiva, en beneficio del centro, fenómenos cuya problemática es el estudio de las formas sucesivas a medida que se dan las transformaciones del centro. La acumulación primitiva no se sitúa solamente en la prehistoria del capital; es permanente, contemporánea. Diciéndolo al pasar, ello significa que los falsos conceptos de “subdesarrollo”, “Tercer Mundo”, etc., deberán ser desterrados en beneficio del concepto de formaciones del capitalismo periférico” (Amín, 1985: 34).

A diferencia del capitalismo clásico, donde las relaciones de tipo capitalista subsumía las relaciones precapitalistas y las convertía en capitalistas, en los países de la periferia el capital no juega ese papel; estos países crean valor que se traslada al centro pero su situación continúa siendo la misma; esto es lo que Frank llamaba el desarrollo del subdesarrollo; es decir, que el estado de atraso de estos países era permanente y tendía a agudizarse. El concepto de “subdesarrollo” no es pertinente porque da la idea de etapa en el proceso de ascenso hacia el desarrollo y el concepto de “Tercer Mundo” tampoco, porque mundo no hay sino uno, el mundo capitalista.

Los teóricos de la dependencia, al igual que Prebisch y sus amigos, han sido criticados desde la derecha neoclásica, por una parte, y desde el marxismo ortodoxo, por otra. Del lado de los neoclásicos la crítica es de autoridad; la ortodoxia neoclásica supone como equivocado todo pensamiento que no coincida con su propia manera de pensar. Por eso el profesor Alec Nove

afirmó que “difícilmente habría aprobado a un estudiante que hubiera producido un ensayo similar al de Frank” (Blomström, 1990: 105).

Algo similar habían dicho los neoclásicos también en relación con los pensadores de la CEPAL. Volvamos de nuevo al profesor Jacob Viner; así lo recuerda Furtado, en su ya mencionada conferencia en Brasil, en 1950.

“Volviendo hacia lo que más le interesaba al público, el profesor Viner sentenció: “En ninguna parte de la literatura especializada que consulté pude descubrir qué es un país subdesarrollado”. Después de saborear la perplejidad del público —más de una persona estaría preguntándose a sí misma: “¿será que yo existo?”—, agregó: “Y si exportar productos primarios es nocivo, ¿por qué no nos apiadamos de Dinamarca, de California, de Iowa?” ” (Furtado, 1988: 121).

Como en todos los dogmas, la verdad está escrita y si la teoría pregonada por los cepalinos no aparecía en los libros, debía de ser una falsedad.

Del lado del marxismo, la crítica fundamental se centró en el hecho de que los teóricos de la dependencia daban mayor importancia a las contradicciones externas, en lugar de las internas, de los países latinoamericanos, como hubiera sido lo correcto con el método de Marx. De la misma manera, el traslado de parte del excedente de la periferia al centro y el intercambio desigual no dejaban de ser fenómenos situados en la esfera del cambio, no de la producción; es sabido que en el método marxista se da prioridad a la producción sobre el cambio y a las contradicciones internas sobre las externas. Para la crítica marxista, lo que era considerado como causas del subdesarrollo por los independentistas, no eran más que efectos del subdesarrollo y, por lo tanto, las causas últimas se debían buscar a mayor profundidad.

La Teoría de la Dependencia, a diferencia de la teoría cepalina, ha sido menos estudiada en América Latina. Entre los estudios publicados sobre esta corriente de pensamiento podemos mencionar los siguientes. André Gunder Frank publicó el libro, un poco autobiográfico, *El subdesarrollo del desarrollo. Un ensayo autobiográfico*, en Editorial Nueva Sociedad de Caracas, en 1991; Theotonio Dos Santos escribió *La Teoría de la Dependencia. Balance y perspectivas*, que publicó en Plaza & Janés, en

2002; Salomón Kalmanovitz escribió *El desarrollo tardío del capitalismo. Un enfoque crítico de la teoría de la dependencia*; dos economistas europeos, Magnus Blomström y Björn Hettne escribieron *La teoría del desarrollo en transición*, publicada en Fondo de Cultura, en 1990; Meier y Stiglitz, en una obra reciente, titulada *Fronteras de la economía del desarrollo*, consideran que los conceptos de centro y periferia fueron categorías emotivas y no lógicas.

Después de la década de los años setenta vino el auge de la ortodoxia neoclásica, con el neoliberalismo, y el pensamiento independiente fue prácticamente abandonado. El neoliberalismo, por supuesto, negaba incluso la posibilidad de existencia de un pensamiento latinoamericano y muchos de los pensadores latinoamericanos, incluidos connotados marxistas, se pasaron a la cómoda posición del paradigma de derecha remozado. De esta manera llegó lo que los especialistas llaman la segunda generación de la teoría del desarrollo, que, en palabras de Meier:

“Si la primera generación de economistas del desarrollo fue visionaria y dedicada a las grandes teorías y estrategias generales, la segunda generación fue casi moralista, dedicada a un sobrio realismo apoyado en los principios fundamentales de la economía neoclásica. Harberger podría decir a los gobiernos en los países en desarrollo: “La economía es buena para ustedes” –y por economía se refería al análisis neoclásico como base para diseñar políticas” (Meier, 2002: 6).

La intención de mi propuesta es lograr una revisión del pensamiento económico latinoamericano que nos permita, de una parte, un análisis crítico de los aspectos que continúan sin ese análisis y, de otra, producir un texto unificador que pueda ser utilizado en la enseñanza universitaria, como una manera de involucrar a las nuevas generaciones en este tema. El estudio de la historia del pensamiento económico es, en mi sentir, una tarea vital en el camino de proponer alternativas propias, novedosas de desarrollo. Se trataría, en síntesis, de producir un texto que una lo analítico y lo pedagógico, que pueda ponerse a disposición de amplios sectores de los países de América Latina.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AMÍN, Samir (1985). **La Acumulación a Escala Mundial. Crítica de la teoría del subdesarrollo.** Siglo XXI. México D. F.

BARAN, Paul (1971). **La economía política del crecimiento.** Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.

BLOMSTRÖN, Magnus ; HETNNE, Björn (1990). **La teoría del desarrollo en transición.** Fondo de Cultura Económica. México.

DE CASTRO, Josué (1961). **Geografía del hambre.** Editorial universitaria S. A. Santiago de Chile.

DOS SANTOS, Theotonio (2002). **La Teoría de la Dependencia. Balance y perspectivas.** Plaza & Janés. Barcelona.

FRANK, André G. (1991). **El subdesarrollo del desarrollo. Un ensayo autobiográfico.** Editorial Nueva Sociedad. Caracas.

FURTADO, Celso (1988). **La fantasía organizada.** Tercer Mundo Editores-Editorial Universitaria de Buenos Aires. Bogotá, Colombia.

FURTADO, Celso (2001). **Capitalismo Global.** Fondo de Cultura Económica. México, D. F.

GARCÍA, Antonio (1972). **Atraso y dependencia en América Latina.** El Ateneo Editorial. Buenos Aires.

MALLORQUIN, Carlos (1998). **Ideas de historia en torno al pensamiento económico latinoamericano.** Plaza y Valdés Editores. México.

MARIÁTEGUI, José Carlos (1979). **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana.** Era. México D. F.

MEIER, Gerald M.; STIGLITZ, Joseph E. (Ed.) (2002). **Fronteras de la economía del desarrollo. El futuro en perspectiva.** Banco Mundial-Alfaomega. Bogotá.



POLLOCK, David; KERNER, Daniel; LOVE, Joseph L. (2005). **Entrevista inédita a Prebish: Logros y deficiencias de la CEPAL.** En: TENDENCIAS. Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas. Universidad de Nariño, Vol. VI Nos. 1-2, diciembre de 2005, San Juan de Pasto–Colombia. Pp.141-171. En línea: [www.revistafacea.freeservers.com](http://www.revistafacea.freeservers.com)

POPESCU, Oreste (1986). **Estudios en la historia del pensamiento económico latinoamericano.** En: Antología del pensamiento económico y social de América Latina, APESAL. Plaza & Janés. Bogotá.

PREBISCH, Raúl (1981). **Capitalismo Periférico. Crisis y transformación.** Fondo de Cultura Económica. México D. F. .

SABOGAL T., Julián et al (2006). **Hacia un mundo nuevo.** Editorial universitaria, Universidad de Nariño. Pasto, Colombia.